

Los secretos de las damas

LE calculo yo a esta tremenda Amparito Rivelles la cuarta parte de mis años, es decir, dieciocho o diecinueve, y tengo motivos para no equivocarme en el cálculo, porque ayer mismo—como quien dice—la conocí en Barcelona de calcetinitos. Sin embargo, Amparito Rivelles no sólo es ya primerísima actriz del "cine" y el teatro, no sólo es, por derecho propio, una personalidad auténtica en nuestro país, además de hermosísima, sino que, por añadidura, tiene mucho talento. Talento de persona muy inteligente.

La verdad es que—y ello me hace feliz cuando la veo, porque es cosa especialmente dulce—, desde los días en que yo era joven canovista, no he conocido otra actriz que tan gentil y alegremente como ella soporte la pesadumbre de la fama y las vanidades que lleva consigo, sin perder el encanto de la niñez. Acaso es esta deliciosa virtud—no catalogada, porque no se trata de modestia, sino de algo más graciosamente atractivo y femenino—una de las mejores experiencias de nuestros escenarios.

Por eso he ido a ver a Amparito Rivelles a su teatro. Porque con la mayoría de las otras actrices—claro que la mayoría nada más—un anciano como yo se acuerda demasiado de las perdidas primaverales, que no volverán nunca, y siempre terminamos llorando las actrices y yo. Por eso he ido a verla, a pesar del poco caso que a los viejos nos hacen las niñas. A pesar de los empujones que nos dan los tramoyistas en los oscuros entrebastidores.

Su lindo camerino está al fondo de un pasillito, tapizado con un papel de florecillas, con todas las puertas recién pintadas. Demasiado recién pintadas, porque manchan.

—¿Se puede pasar?
—Claro que sí!

Y me mira, y se conmueve:
—¡Pero, Dios mío, se ha manchado usted!... Espere que le limpie.

Es con un pañuelito y con colonia con lo que acomete su trabajo, adoptando un aire delicioso, pero excesivamente valiente, de total desconocimiento del oficio. Mi abrigo es negro, la pintura blanca, y sus fricciones de colonia acaban dejando el respetable sobretodo casi como una acuarela de aquel buen pintor Casas, cuya noble y delicada barba es uno de los más firmes recuerdos de mi madurez antigua. No quiero darme por enterado del sensible suceso, y sigo preguntando:

—¿Qué es lo que le gusta más, Amparito, ser famosa, ser rica, ser hermosa, o... limpiar manchas de pintura con agua de colonia?

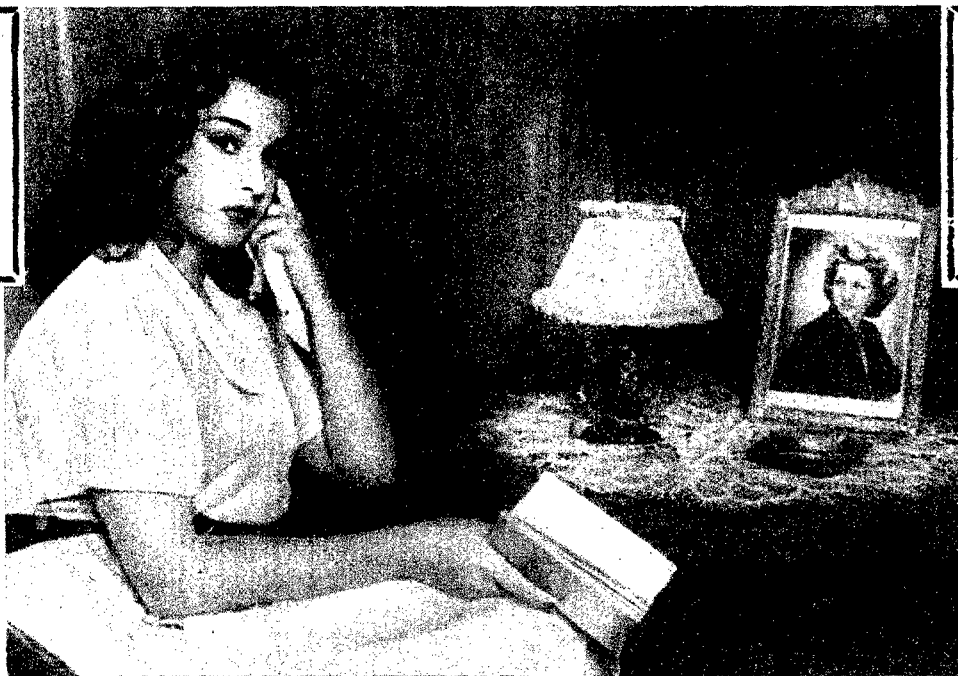
Ella se ríe de un modo encantador. Y contesta:

—Ninguna de esas cosas.

Me sobresalto:

—¿Cómo? ¿No le gusta ser famosa, ser rica, ser bella?... Estoy hablando en serio, hija mía.

—Y yo también. Claro que me gusta saber que soy conocida y querida por el público... En cuanto a lo de rica, no creo que el dinero tenga importancia.



AMPARITO RIVELLES SE QUIERE CASAR

que parece que no se puede nacer con ellos; que parece que se los ha comprado un multimillonario; que son el Premio Nóbel de los ojos del mundo. Yo escapó a la mirada de esos ojos y la preguntó:

—¿La gusta leer?

—Mucho.

—¿Qué lee?

—Novelas, versos, libros de aventuras. Me encanta Wallace. También me gustan mucho las biografías...

—¿Ha leído la novela de Carmen Laforet?

—No.

—¿No la ha leído?

—No, no. No la he leído.

Y casi me parece que se enoja.

—Bien, Amparito. Vamos a otra cosa. ¿Dónde ha nacido?

—En Madrid. A los ocho días de nacer embarqué para Méjico.

—Muy bien. ¿Es usted mala o buena persona?

—Soy buena persona.

—¿Es frívola?

—Soy cursi. Me gusta la música romántica. La noche. Las nubes. Chopin...

—¿Se casaría con Chopin?

—Sí.

—Si se casara con Chopin, ¿llenaría la casa de perros?

—Lo que Chopin quisiera.

—Bien. Y ahora vamos a ver. ¿Está usted enamorada ya de ese presunto esposo...?

—Estuve. Ahora no lo estoy.

—¿Cuál es su mejor recuerdo?

—¿Lo digo?

—Claro.

—Un primer beso.

—¡Ah!

—No lo cuente.

—Seguro que no. ¿La gusta bailar?

—Mucho.

—¿Qué bailes? ¿Los europeos digamos—o los americanos?

—No entiendo. No querrá usted decir una polka.

—Quiero decir...

—Me gusta el "fox", naturalmente.

—¿Qué le importa más, la pareja o la orquesta?

—La orquesta.

—¿Le gusta comer bien?

—Sí. Pero el doctor Marañón, que me cuida, no me deja.

Es entonces cuando, precisamente, un camarero aparece en el dintel con una gran bandeja en las manos. Se mancha también, naturalmente, en la puerta recién pintada, pero a él no le limpia nadie, con lo que, claro, sale perdiendo, aunque su ropa salga ganada, con lo que, claro, sale perrepleta. Yo me marché de allí—marchándome otra vez—para evitar a esta dulce, hermosa e infantil Amparito Rivelles la violencia de ponerse a comer ante mí, justamente, todas las cosas que el doctor Marañón le tiene prohibidas.

ARIEL

(Fotos Sanz B. Mejo.)

—¿De verdad?

—No. El dinero no es importante en la vida. Nunca se tiene, por mucho que se gane; porque todo se gasta. Sólo lo tienen los millonarios, y a éstos, puesto que tienen mucho, no les importa tenerlo. O si les importa, peor para ellos.

Con este "peor para ellos", tan profundo y valiente, pone Amparito Rivelles fin a su limpieza de mí abrigo. Yo no quiero mirarlo.

—Entonces, ¿qué es lo que más le gustaría a usted de cuanto hay en el mundo?

—¿De verdad?

—Claro!

—Pues lo que más me gustaría es casarme.

Amar a un hombre bueno. Tener un hogar, unos hijos... Lo mejor de la vida es el amor.

—Entonces, ¿cree que el matrimonio es el amor?

—Estoy segura.

—¿Sí?

—Usted no lo cree?

—Yo, sí. Pero no se trata de mí.

—¡Ah!, yo estoy convencida de que un buen matrimonio es el amor y la felicidad. Completamente.

—Si encuentra ese amor, ¿dejará el "cine" y el teatro?

—Sí. Desde luego.

—¿Es triste o es alegre el teatro?

—Más triste que alegre.

Y hasta se pone seria para decirlo. Pero en seguida sonríe, mirándose con esos ojos

